**Miércoles XXXIII del TO
Ciclo A**

18 de noviembre de 2020

Ap 4, 1-11

Sal 150

Lc 19, 11-18
*P. Eduardo Suanzes, msps*

Creo que es importante que me detenga en la Primera Lectura (y siento extenderme, pero no me queda otra), por el género literario que se maneja y porque pudiera llevarnos a encogernos de hombros sin saber de qué se está hablando; o pudiera calentarnos la imaginación y hacernos seguir caminos extraños ajenos a los que el autor quiere que recorramos.

Después de haber hecho un recorrido por alguna de las cartas a las siete iglesias de Asia menor (capítulos 2 y 3), ahora, como para sancionar esas misivas, el autor del Apocalipsis relata dos visiones entrelazadas (capítulos 4 y 5): una del *Trono de Dios* (que es la que presenta hoy la Primera Lectura) y otra la del *Cordero con el Libro de los sellos*, que veremos mañana[[1]](#footnote-1).

Entramos así en la parte más fascinante del Apocalipsis, pero también en la parte más oscura que ha calentado y calentará la imaginación de muchos de los que se acercan a ella al interpretarlo literalmente (Nada más hay que ver la cantidad de imágenes estrambóticas que aparecen en internet).

Una primera consideración. «*Las cosas que van a suceder después*» Todo lo que se relata a partir de ahora no es una especie de horóscopo cristiano que va a ir revelando las cosas que van a ocurrir[[2]](#footnote-2). Nada de eso. No es una especie de profecía de futuro que se tiene que ir cumpliendo en determinado tiempo, en determinado año. Esta sería una forma equivocada de interpretar el Apocalipsis. Por ejemplo: asistiremos más adelante a la apertura de los sellos de un libro; vamos a asistir a la presencia del Cordero; a la presencia del que está sentado en el trono; la presencia del dragón; a la de la mujer vestida del sol…Todos éstos son moldes o esquema vacíos válidos en cualquier época histórica. Lo importante es que la comunidad cristiana, cuando los tenga adelante, sepa interpretarlos, sepa actualizarlos en su propio momento histórico. «*Las cosas que van a suceder después*» (que dice la primera visión de hoy), no es una especie de crónica del futuro, una especie de crónica periodística anticipada de las cosas que van a ocurrir. Dicho de otra manera: lo que el autor del libro nos va a ofrecer a partir de este capítulo es como un par de gafas, de anteojos, para que cada uno de nosotros se los ponga en los ojos y pueda leer su propio momento histórico a la luz de Dios. De ahí que cada símbolo sea válido siempre, y lo importante va a ser descubrir quien encarna a cada símbolo, quien hace presente cada símbolo en el momento histórico que se vive.

Una segunda consideración. «*Después tuve una visión*». Así comienza el relato de hoy. Ahora que están tan de moda las visiones (véase Internet al escribir la palabrita «apocalipsis») es necesario explicar qué significa «tener una visión» o «vi» o cualquier otra expresión parecida en la literatura apocalíptica. «La visión» no es algo que se ve con los ojos, sino que en este género literario apocalíptico, «la visión» es el punto de llegada de una cantidad de experiencias que ha tenido la persona. Tener una «visión» es hacer la síntesis de lo que el autor ha orado y meditado, de lo que ha vivido, ha creído a lo largo del tiempo. Y todo eso es como «una visión» que el autor nos presenta para que compartamos con él esa misma experiencia. Por tanto con ese tipo de expresiones (ver, visión, vi…) no se está refiriendo a algo que se ve con los ojos, sino a ***su experiencia de fe***. No es que haya visto algo con los ojos: lo que nos quiere proponer es su visión de fe para que nosotros seamos capaces de «ver lo que él ha visto». El autor no cree en tronos, no cree en piedras preciosas, ni en arcos iris deslumbrantes como esmeraldas; tampoco cree ni en toros, leones o águilas con ojos por delante y por detrás, con seis alas cada uno…Nos está comunicando una experiencia de fe fruto de la oración y la celebración en un género literario oriental determinado: el apocalíptico. ¿Cuál es esa experiencia, para que nosotros la entendamos, fuera del género literario? Eso es lo que nos interesa: sacar la experiencia fuera del género apocalíptico y traducirla a nuestro lenguaje ordinario.

Para empezar, su experiencia es una experiencia del Espíritu, no es fruto de su reflexión, ni de su imaginación, ni consecuencia de que se «hubiera fumado» nada, ni administrado en vena un «chute» de LSD. No. Fue «*arrebatado* ***por*** *el espíritu*», son las palabras exactas que aparecen en el texto en griego.

«*Vi que un trono estaba levantado en el cielo y* ***uno*** *sentado en el trono*». Notemos que con sumo respecto el autor no nombra a Dios. Dice «***uno*** *sentado en el trono*». Es el respeto bíblico por el nombre de Dios. El nombre es la persona misma, es el misterio mismo y no se puede manipular no se puede manosear. Por otro lado «estar sentado en el trono» significa ejercer poder. Dios tiene poder sobre la historia, sobre los hombres. Él es el que era y vendrá que ha estado siempre presente en la historia y en tu vida aunque muchas veces no lo has podido percibir. Esa es la experiencia que trata de comunicarnos.

Y así como las piedras preciosas son extrañas, fascinantes y atrayentes, y no se encuentran en cualquier parte, así él se muestra de esa forma para ti: extraño, pero atrayente, en lo secreto de tu corazón, brillando en tu corazón de manera cautivadora, como el jaspe, como la esmeralda, como un arco iris cautivador y atrayente, como lo fue para Noé después del diluvio.

«*Vi veinticuatro tronos y en los tronos estaban sentados veinticuatro ancianos con vestiduras blancas y coronas de oro sobre sus cabezas*». La palabra «anciano» traduce la palabra griega «*presbítero*»; por tanto no significa literalmente a un hombre de mucha edad, mayor, sino al dirigente de la comunidad, al que que sirve a la comunidad, responsable de ella; y son veinticuatro (12 + 12) porque corresponden a las doce tribus de Israel del Antiguo Testamento más las doce tribus del Nuevo Testamento simbolizadas por los doce apóstoles. El autor está sumando el Antiguo y el Nuevo Testamento, un solo pueblo. Son los dirigentes de las comunidades de todos los tiempos, ya resucitados («*vestiduras blancas*»), con el símbolo de la victoria («*coronas de oro*»); sentados en tronos así mismo: en cierta manera ejercen poder e influencia en el dinamismo de la historia de la salvación: son los santos de toda la historia que han vencido en el combate de la fe. Ahora, después de la muerte continúan colaborando con Dios (sentados así mismo en tronos) en la marcha de la salvación.

«*Delante del trono arden siete antorchas de fuego que son los siete espíritus de Dios, ardían frente al trono*». Es la plenitud (siete) del Espíritu con el que Dios transforma la historia, el mundo y el corazón del hombre. El Espíritu como fuego[[3]](#footnote-3), el fuego que en Pentecostés puso en pie a la Iglesia para anunciar el evangelio, el fuego que ardía en la zarza del Sinaí. Es el Fuego de Dios, su Espíritu, que purifica y transforma. Este Espíritu arde delante del trono.

«*y delante del trono había una especie de mar transparente como el cristal*». El «mar» en el mundo bíblico es símbolo del mal, de las fuerzas malignas, del mundo oscuro del Leviatán y de los demonios. Ahora ahí está a los pies de Dios, pero no ya amenazante, sino transparente y cristalino. Dios tiene sometido al mal como Rey poderoso.

«*En medio del trono y en torno al trono cuatro vivientes llenos de ojos, por delante y por detrás*». El autor no nos está hablando de seres vivos, sino más bien de cuatro fuerzas de vida: «*En medio del trono y en torno al trono hay cuatro fuerzas de vida»*. Más simbología bíblica para entenderlo. Cuatro, en la Biblia, es el número que representa los cuatro puntos cardinales, es decir, la tierra entera, el cosmos. Y esta fuerza de vida es el Espíritu de Dios que llena el cosmos, el mundo (cuatro) y está lleno de ojos, porque todo lo ve, siempre presente, siempre omnisciente, todo lo llena y lo plenifica. Y se representa como como un león, un toro, con rostro humano, como un águila en vuelo, con seis alas, llenos de ojos «*y repiten sin descanso, día y noche, santo, santo, santo, Señor Dios Todopoderoso, Aquel que era, que es y que va a venir*».

En síntesis: esto que el Apocalipsis llama los «*cuatro vivientes*» no son cuatro seres, sino la fuerza del Espíritu de Dios ***vivificante*** que llena el cosmos entero. Es un dinamismo de vida que parte de Dios hacia la humanidad, hacia la historia. Por eso se dice que está «*en medio del trono y en torno a trono*», porque es des de ahí, desde el trono de Dios, desde donde parte este dinamismo de vida, toca la historia, la transforma y retorna de nuevo hacia Dios («*santo, santo, santo, Señor Dios Todopoderoso»*) creando una especie de ciclo de vital de Dios a los hombres y de los hombres a Dios.

Y cada vez que esta fuerza de Dios cumple el ciclo y retorna a Dios, los veinticuatro presbíteros se postran delante del que está en el trono, adorando y arrojando sus coronas ante el trono. Es la experiencia del autor de adoración de la Iglesia de todos los tiempos al que es, era y ha de venir. Es la expresión total de amor a Dios, de adoración, de alabanza…*«¡Señor Dios nuestro…!,* tú lo eres todo»

1. Cfr. Xavier Pikaza Ibarrondo. *Apocalipsis*. Ed. Verbo Divino. Madrid, 1999 [↑](#footnote-ref-1)
2. Cfr. Fray Silvio José Báez, ocd. *Apocalipsis* (Conferencias) [↑](#footnote-ref-2)
3. «*He venido a traer fuego a la tierra y cuánto desearía que ya estuviera ardiendo*» (Lc 12, 49) [↑](#footnote-ref-3)